
ESTAS TRES OBRAS

A falta de algún otro artículo me propongo hablar de estas tres obras que presenta ahora **TRAMOYA** con una buena voluntad muy de agradecerse. Se trata de tres encargos, dos fallidos y uno logrado porque llegó a la escena: costó trabajo, dinero, disgustos. Lo normal, digamos.

Oriflama responde a un encargo que hizo la SEP a varios dramaturgos mexicanos conocidos y a algunos desconocidos a quienes se ofreció mayor compensación económica porque lucían el mérito, importante al parecer, de no saber hacer teatro, lo cual sin duda duplicaría su esfuerzo o algo así...no entregaron nada y no pudo comprobarse si esta forma de razonar era efectiva. Me parece recordar que alguno de ellos hacía trámites para devolver el anticipo, pero eso ocurrió en el sexenio anterior al actual y quizá el escrúpulo, aunque tardío resultaba una originalidad. Además no todos los dramaturgos invitados escribieron especialmente para la Compañía Nacional de Teatro y evidentemente algunos de ellos se hicieron pagar por obras escritas con diez o veinte años de anterioridad y las cuales, como es de suponerse, ocultaban en su esencia y hechura las razones de su mayoría de edad.

Oriflama fue una muestra más de mi falta de previsión, no reflexioné en ciertas circunstancias: a) en México por entonces y aún ahora, se luchaba por una cultura nacionalista, la cual existe desde hace como sesenta años y a estas alturas ya puede convivir con un teatro de temas ajenos como ocurre en los países famosos por su dramaturgia. En Inglaterra, en Francia, en Estados Unidos, es posible escribir sobre cualquier suceso, no importa el tiempo ni el espacio; aquí, evidentemente no. Antes de los treinta nuestra producción dramática era objetable por su falta de raíces mexicanas, ahora tiene puras raíces y eso no la ha hecho necesariamente buena. b) Las decisiones en cuanto al repertorio de la Compañía Nacional las tomó siempre un grupo de españoles republicanos y de mexicanos muy a lo liberal del siglo XIX, quienes combinan su muy justificado anticlericalismo con un afán de borrar siglos enteros de cultura cristiana. Algunas figuras clave de esta burocracia, en otros tiempos, formaron parte de compañías que pusieron en escena obra como **Becket** o **El Honor de Dios**, pero esa es de Jean Anouilh, claro.

Yo cometí el error fatal de escribir la leyenda de San Luis Rey de Francia: santo, francés y nacido en el siglo XIII. Como testimonio de mi barbarie aquí queda la obra, nunca fue representada. Con el agravante de que por haber sido escrita para la mencionada compañía, tiene muchos personajes y un gasto considerable.

En una Noche como esta es una atrocidad de otra índole. La escribí para el examen de un grupo de alumnos: diferentes capacidades, proyecciones, aspecto físico, edades, sexo. Nunca se las dejé ver y en cambio les escribí otra que según supe les salió bastante mal. La razón de este cambio fue un descuido imperdonable de mi parte: este grupo, como yo misma, tenía en aquel momento una obvia necesidad de protesta social y requería una obra didáctica al respecto. ¡Y yo negligentemente había escrito una colección de siete obritas en un acto referente a lo que de la vida no se entiende, en vez de escribir sobre lo que se entiende de sobra para desgracia nuestra! Reparé el pecado sin darme a conocer hasta ahora y sólo lamento que con **La Cadena**, (la cadena de ladrones de todas ocupaciones y categorías que viene ahogándonos a nivel nacional) no hayan tenido mejor suerte.

Finalmente, **El orden de los Factores**, encargo de Difusión Cultural, UNAM, para ser representada por actores profesionales y no comerciales, como se hace en las buenas familias y dirigida por Raúl Zermeño.

La obra estaba magníficamente actuada y no comprendida del todo por el director. Pero aquí debo también aceptar una responsabilidad como autora: a la obra le faltan acotaciones (me creía yo Ibsen, en vez de crearme O'Neill o quizá O'Casey, pura locura). En otras palabras, estaba escribiendo para el tipo de director que complementa el diálogo con una minuciosa investigación de las posibilidades escénicas, o desprecia las instrucciones del autor, o lo invita a ver algún ensayo. No era el caso, pero es de notarse que ni Zermeño ha dejado de dirigir mis obras ni yo de dárselas, lo cual habla de una tolerancia mutua, por lo menos.

En fin, estas tres obras son a mi modo de ver, a pesar de no tener nada en común, una muestra de mi trabajo en los últimos diez años, o sea, después de cumplir el medio siglo. No sé si he aprendido mucho o al contrario, he olvidado bastante, pero en todo caso ninguna de las dos cosas me parece tremendamente lamentable.

5

L.J.H.

TRAMOYA